

TEATRO ESCOLAR COSTARRICENSE

Virgínia M

LOS COLORES
LA CENICIENTA
LOS NUMEROS
AGUA DE LLUVIA
LA MUÑECA ROTA
LABRIEGOS Y SOLDADOS

MANUEL SEGURA MENDEZ

J. DANIEL ZUÑIGA Z.

1936

LIBRERÍA E IMPRENTA LEHMANN & CÍA.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

LOS COLORES

Dormitorio en casa campestre.—Ilumina la escena un rayo de luna que entra por la ventana.—Duermen en sendos lechos Griselda, Lucila, Marieta, Eduardo y Félix, de quince a diez años de edad.—Decoración apropiada.—El acto comienza cuando los cuatro menores despiertan a intancias de la mayor. Todos esperan su palabra con especial éxtasis.

GRISELDA.—Despiértense un rato. He tenido un sueño muy raro y estoy asustada...

TODOS.—¿Asustada...? ¿Qué soñaste? ¡Cuéntanos! ¡Llamamos a mamá!

G.—No, porque la desvelan.—(Gran alboroto).—¡Hagan silencio! Si no callan, no les cuento.

T.—¡Sí! ¡Sí!

G.—(Llevando un dedo a la boca en demanda de silencio).—Soñé que era yo una niña y que iba para la escuela, por el puente que da a la carretera, cuando advertí una luz diminuta del lado del bosque...

FÉLIX.—¿Del de bambúes...?

G.—No me interrumpen. Al principio me figuré que era una estrella y me quedé echa una boba ante su resplandor; y más cuando vi que cambiaba de colores: del rojo pasó al gualda, del gualda al verde, del verde al azul; y así... ¡Qué matices, qué tonos!

LUCILA.—Dichosa.

EDUARDO.—Si es mentira.

G.—Silencio, ¡por Dios! ¿No ven que es un sueño? Si no callan, me vuelvo a dormir.—(Amenaza con meterse entre las sábanas).

MARIETA.—¡Cállense todos!

G.—(Aprovechando el silencio que se hace).—Me acerqué entonces poquito a poco, ¿y saben qué ocurrió? La lucecita se quedó quieta, en el color en que estaba. Me detuve acongojada. La luz volvió a sus cambiantes. Anaranjado, turquí, amarillo, otra vez rojo, otra vez azul. Volví a caminar y vuelta a no moverse. De esta vez, eso sí, me pareció oír un lamento.

L.—(Abriendo los ojos).—¿Un lamento? ¡Qué miedo!

F.—Las estrellas no lloran.

G.—Un lamento largo, hondo; pero suavecito.

M.—¿Qué era, Griselda?

G.—Un momento y verán. Fuí acercándome otra vez, y... ¿adivíneme?

T.—(Que han ido saliéndose de sus lechos).—Díganos.

G.—Un duendecillo.

T.—¿Un duendecillo?

G.—Un duendecillo del arcoiris.

L.—¿Quién te dijo?

F.—Déjenla hablar.

G.—¿Recuerdan el arcoiris de ayer tarde?

M.—Sí.

G.—Pues el pobrecito duende, cuando empezó a deshacerse el arco, quién sabe cómo se enredó en una rama de saúco y no pudo desprenderse y le dejaron los otros perdido.

L.—Por tontito.

E.—¿Y en el arcoiris hay duendes?

F.—Déjenla continuar.

G.—(Quien se ha salido del lecho y conversa con ademanos afectados).—Como pude fui hasta él. Estaba tembloncito. Me inspiró lástima de veras y con cuidado fui desprendiéndole el velo de la cintura, los ricillos, las alitas y, ¡zás!, se fue como un pájaro.

L.—¡Qué lástima!

G.—Era del tamaño de una toronja. Muy finito, muy lucio. De pronto oí una voz hueca que me decía: (afectando la voz):—«más tarde irán siete camaradas a darte las gracias...» Y me dió un susto muy grande y, ¡zás!, me desperté.

F.—(Gimoteando).—Tengo miedo.

G.—No llorar ahora. Se despiertan papá y mamá.

M.—¿Irá a venir alguien?

E.—¿Qué hacemos?

G.—(Gravemente).—¿Quién ha dicho que los duendes existen? Sólo en la fantasía y en los sueños.—(Oyense tres toques de campana.—Los niños se meten rápidamente en sus lechos.—Félix se ampara a su hermana mayor).—Son las tres, es el reló de la Iglesia.—(Otros tres toques. Griselda, azorada, contesta).—¿Quién?—(Por la puerta, entre un despliegue de luz lunar, se escurren suave y cautelosamente siete duendecillos, los colores: blanco, negro, azul, rojo, amarillo, violeta y verde.—Una música leda, de cascada menuda, de bullicio angelical, difúndese afuera mientras se instalan los pequeños visitantes.—Los chicos contemplan el espectáculo con pupilas absortas.)

DUENDES.—(A coro, pausadamente).—Bue—nos—dí—as, se—ño—ri—tos. Bue—nos dí—as—, ni—ños.—Somos los duendes de la luz y venimos a daros las gracias por el favor que prestó uno de vosotros a nuestro camarada Vellón.—(Los niños, atónitos, callan)—Bue—nos dí—as, ni—ños.

NIÑOS.—(A media voz).—Buenos días.

D.—¿Queréis jugar con nosotros?

N.—(Temerosos).—Como quieran.

E.—Se despierta mamá.

L.—Mejor nos acostamos.

D.—Nosotros sabemos jugar sin hacer ruido.

G.—Si ustedes quieren, jugamos.

D.—(Al verles dudosos).—¿Quereis entonces saber quiénes somos?

N.—Sí, sí.

AZUL.—Los átomos de la luz.

ROJO.—Los magos del arcoiris.

AMAR.—El espíritu del color.

VERD.—Los mantenedores de la vida.

VIOL.—Los creadores de la fantasía.

BLAN.—El ensueño de los dioses.

NEGR.—Los decoradores de la sombra.

L.—¡Qué bonito!—(Todos aplauden como si hubiesen entendido).

F.—Yo quiero ser un duende.—(Rien nerviosamente).

BLAN.—Podrías llegar a serlo. Si llegais a vivir sin causar daño a nadie, haciendo beneficios, alegrando a vuestros padres y aún a vuestros enemigos, entonces lo conseguireis. Hay que subir la pendiente para llegar a la cima.

F.—Yo no entiendo.

NEGR.—Eso quiere decir que para lograr las cosas es necesario hacer el bien. Esto hicimos y esto somos ahora.

G.—¿Y qué representan?

BLAN.—¿Queréis saberlo? Escuchad.—(Escúchase de nuevo la música, mientras hablan).

AZUL.—Yo matizo los pensamientos nobles y doy color al cielo, a la montaña distante, al mar sereno, a la campánula agreste que cuelga de los árboles y de los muros. Puse mi tinte en las pupilas de los hombres del septentrión, guardé mis reflejos en los arcones ocultos de la tierra, para deleite de vosotros, y fui de este modo el zafiro y la turquesa. Los poetas aman al pájaro azul y los guerreros me llevan en el tricolor de sus banderas.

ROJO.—Yo coloro el pensamiento activo y brindo mi matiz al fuego que todo lo purifica. Por mí brilla el celaje y muestra su madurez la fruta y se enciende la sangre. Di lustre a la amapola, a la rosa, a la pastora que se halla siempre cerca de las habitaciones campestres. Ilumino las mejillas de las vírgenes y los antiguos me exprimieron en el múrice para encarnar sus telas. El soldado se alegra cuando me ve flamear en las escarapelas y el orfebre se goza con las fulguraciones de mis almandinas y mis rubies.

AMAR.—Soy el sol y el oro. El pensamiento acumulador. La mañana usa mis cendales y la tarde mis velos. Los campos americanos ostentan mis margaritas silvestres; y el mar, cuando cabrillea, se matiza con mis fulgores. Di color al bronce y poblé de le-

yendas el Asia en donde las razas son innúmeras. Soy la ajorca, la pulsera, la piedra que irradia en las joyas de las reinas.

VERD.—Yo guardo el pensamiento gestador. La fecundidad de la naturaleza buscó en mí su matiz. Soy la hoja, la fronda, el reposo que busca el peregrino. De mis telas se viste la montaña y recubro la aspereza de la roca con líquenes de seda. Yo vivo en el fondo de los océanos y fuljo, como mis hermanos, en la alta estrella. El hombre siente la atracción de mis esmeraldas y esconde sus desmayos en mis campos innumerables.

VIOL.—Soy el pensamiento de los humildes. Díjome Dios:—«da tu color a las flores del prado»; pero al buscarlas, todas me enseñaron sus corolas, sus perfiles, sus tersuras, cargadas de vanidad, y sólo aquélla no: la dulce, la suave, la ínfima violeta. Resplandecí en la túnica de Cristo. Habéis visto que yo toco levemente los paisajes de las tardes otoñales e ilumino las campánulas de la selva. Para el artífice, en el seno de la tierra guardé mis amatistas.

BLAN.—Yo soy el pensamiento casto. La nieve que corona la montaña y el vellón que circunda las ovejas encontraron en mí su tinte. Florezco en el azahar y reviento con músicas extrañas en la espuma de la playa. Fluyo en el alma del mármol, me reconcentro en la perla y duermo en la placidez del marfil. Mi leche vivifica, mi algodón guarece y mis canas dan prestigio al viejo. En la nube voy al infinito que obsesiona y en la azucena al espíritu que indaga.

NEGR.—Soy el pensamiento grave. El odio y el dolor han querido hacer de mí su distintivo. Nada tan injusto. El mal se halla en todo cuerpo que quiera albergarlo. Lo que hago es resaltar lo bello y exaltar el bien. Por mí fulgulan mejor los astros. En mis sombras viven miriadas de seres, en el seno de la tierra y en el fondo de las aguas. Yo quemé las razas de Africa y las hice insensibles al sol. Duermo en el ónice. (Aplausos).

M.—¿Y les dejan jugar en el cielo?

BLANCO.—Jugamos, reímos, corremos; y en las tardes, después de la lluvia, nos apresuramos a formar el arcoiris. Como somos miles de miles, formamos nuevos colores en grandes franjas como el anaranjado, el turquí, el celeste... ¿Quereis que juguemos?

TODOS.—Sí, sí.—(Forman una ronda y cantan alegremente hasta que cae el telón)

Somos los colores
que hay en el arcoiris:
fulguramos siempre
en la flor del campo,
en la luz lejana
que se ve en la estrella;
en las esmeraldas
y en las amatistas
y en el oro puro
y en los suaves rizos
de las novias. Somos
la nieve y el fuego,
la espuma y la nube,
la selva y la roca,
el ave que canta
y el pétalo con que
se alhajan los campos.

F I N

LOS COLORES

Moderato - Fire de Sano

PIANO

Introduction for piano, marked *f* (forte). The music is in 3/4 time and G major. It begins with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The melody is in the right hand, and the bass line is in the left hand. The piece starts with a series of chords and a melodic line that leads into the first vocal entry.

First vocal entry, marked *mf* (mezzo-forte). The lyrics are: SO - MOS LOS CO - LO - RES QUE HAY EN EL AR - COI - RIS FUL - GU - RAMOS SIEMPRE EN LA FLOR DEL CAMPO, EN

Second vocal entry, marked *mf* (mezzo-forte). The lyrics are: LA LUZ LE - JA - NA QUE SE VE EN LA ES - TRE - LLA Y EN LAS ESME - RAL - DAS Y EN LAS A - MA - TIS - TAS.

Third vocal entry, marked *Dolce* (dolce) and *Meno* (meno). The lyrics are: Y EN EL O - RO PU - RO Y EN LOS RI - ZOS SUA - VES

Fourth vocal entry, marked *f* (forte). The lyrics are: DE LAS NO - VIAS. SO - MOS LA NIE - VE Y EL FUE - GO LA ES - PU - MAY LA NU - BE EL A - VE QUE CAN - TA EL

Fifth vocal entry, marked *f* (forte). The lyrics are: PE - TA - LO CON QUE SEA - LHA - JAN LOS CAM - POS.

LA CENICIENTA

Cocina de gente más o menos acomodada. — Junto al fogón, que permanece apagado, dormita un viejo paje. — Estrepitosamente llega la Cenicienta, a quien le ha cogido tarde para volver a su trabajo, conforme le previno el Hada protectora. — El viejo paje salta del susto.

CENICIENTA.—¿Qué hora es, por Dios?

PAJE.—Pocos minutos faltan para que termine el encanto; pero me has asustado, Cenicienta.

C.—No hallaba manera de salirme de aquel baile. Me pareció oír la hora de pronto y temí que mis ricos trajes se me convirtieran en los viejos durante la fiesta y...

P.—¿Y el rey...? ¿Visteis al Rey?

C.—Guapísimo. ¡Cómo me cortejó! Mis hermanas me hartaban con los ojos cuando me veían bailar con él. ¡Ah!, si yo tuviese sus ropas, sus modales, su gracia... ¡Uy, me habría casado hoy mismo!

P.—Mal han hecho en darte atavíos ficticios para hacerte la boca agua... ¿Y por qué no se lo declaraste y le pediste que viniera luego a visitarte? Le habrías agasajado con cebollas y queso rayado. (Ríen ambos).

C.—Si todo ha sido sueño, ilusión de un segundo, bien hizo el hada. He pasado tres noches que llenarán para siempre mi vida. Llegué en vistoso carro, pajes orfébricos me atendieron y la pedrería y los abalorios de mi indumento cegaron los más ávidos ojos de las más bellas niñas, y de mi cuerpo desprendíanse deliciosos perfumes que sólo en Oriente se aspiran; y la mano del rey me condujo por dorados salones y enlazada a él bailé...

P.—¿Y bailaste con el rey, de veras? Pues, señora, no te vuelvas a bañar. Los reyes huelen a nardo. (Ríen).

C.—(Un minué de música lejana va invadiendo la estancia mientras habla la Cenicienta).—Con el rey dancé, mi buen paje, las tres noches. Su mano, fuerte al apoyarse en el puño de su espada, tornábase suave en mi mano y mi mano sentía las palpaciones de su sangre y cuando me inclinaba sobre su hombro notaba que esa sangre afluía a su rostro como si ya me amara. Las estrellas bajábanse para vernos por entre los ventanales y las ramas de los árboles cer-

canos inclinábanse igualmente para contemplarnos y la brisa de los jardines en torno al palacio llenó de aromas nuestro aliento y la música discurría blanda aunque leda, brotaba dulce aunque ardiente. Y yo callaba por no romper el encanto en el cual vivía, escuchándole, escuchándole; y el gozo me ahogaba y me asía a él cual si temiera perderle para siempre.

P.—Ya veo que hasta las criadas sueñan. No pierdo la esperanza de bailar un zapateado con la reina, mi querida Cenicienta.—(Ríen).

C.—¿Soñar no es la verdadera vida? ¿Acaso, mientras bailaba, maldecía yo de mis quehaceres, de mis manos endurecidas, de mis pobres telas, de mi pelo sucio? No. Vivía la felicidad, sueño o no, y eso me bastaba.

P.—Bueno, debo irme. Mañana vengo a que termines.

C.—Ayúdame antes a encender este fuego. De un momento a otro llegan mis hermanas y si encuentran todo sin hacer...

P.—Te vas al caldero.

C.—¿Cuándo vuelves? ¿Cuándo dará otro baile el Rey?

P.—Ya pasó todo. ¿O quieres más? ¿No me decías que eso te basta?

C.—Sí, es cierto.—(Pausa.—Ambos se dedican a recoger trastos, encender el fuego, limpiar rincones. La música se oye de nuevo).—La primera noche fue una carroza de maderas claras y cortinajes de armiño y caballos de ámbar. La ciudad parecía un joyelero de tantos los adornos, de tantas las luces. El palacio se presentó a mis ojos como si hubiese surgido al conjuro de una mano milagrosa. Los hombres miráronme con ansia y las mujeres con envidia. Sentí cómo alucinaba a unos y a otros; sentí que era bella como una reina de Saba y dancé en sus brazos una hora.

La segunda noche me condujo una carroza de oro y cortinajes de plata y caballos blancos como leche nueva. La ciudad resplandecía como una alhaja. Por dondequiera, músicas de bandas del pueblo; por dondequiera, brotaba el entusiasmo. Y yo me preguntaba: ¿si será así porque me esperan? Fulguraba el palacio cual si fuese un lucero de la noche. Cuando entré, los hombres no pudieron disimular la impresión que

produje y sus ojos me envolvían anhelantes y las mujeres no pudieron fingir y me miraron airadas; y bailé en sus brazos dos horas largas...

P.—¿Y anoche?

C.—Anoche viajé en carroza de cristal que guiaba una pareja de caballos blancos, otra de caballos negros, otra de caballos grises. La ciudad hormigueante fulguraba como el sol. A mi paso oía los vítores del pueblo y reventaban las murgas sus más armoniosos y festivos pentagramas. En el palacio, que ardía tal una constelación, los hombres tendieron alfombras de azucenas y jazmines y las mujeres se estrechaban como para sofocarme; y he bailado con él toda la noche y en sus brazos me habría quedado para siempre si unos toques lejanos no me hubiesen recordado la realidad de mi vida...—(Suspirante). He vivido, he vivido.—(Pausa. Súbito, surge adentro un bullicio cual de soldados que buscan a alguien, de mujeres que se ocultan). ¿Qué ocurre?

P.—(Atolondradamente).—¿Será incendio?—(Sale).

C.—No me dejes. Vuelve.—(Pausa).

P.—(Entrando).—Los soldados del rey buscan a la dama que perdió anoche en su palacio una zapatilla y andan probándola con todas.

C.—(Sorprendida, trata de esconder el pie que inadvertidamente mantiene descalzo).—Me verán así. Cierra esa puerta. Ya viví mi vida. Lo que venga no será vida.

P.—(Notando el pie descalzo).—Teneis que probáosla, Majestad.

C.—(Nerviosa).—¿Majestad? Ya soñé, ya viví. Cierra esa puerta. No quiero la mentira. Soñar es vivir, vivir es sufrir. No permitas que entren.

P.—Es vuestro deber, Majestad.

C.—¿Majestad? ¿Queréis que siga soñando?—(Ríe).—No, ya soñé. Cierra; buen paje, esa puerta.—(Continúa riendo, nerviosa, mientras cae lentamente el telón).—Soñemos una vez; después no haremos más que vivir.

F I N

LA CENICIENTA

PIANO

rit. molto

mf

rall.....

ff

8ª baja

f a tempo

1ª

2ª

LOS NUMEROS

Salón de una casa bancaria. — La noche. — Un guarda duerme a pierna suelta. — El reloj tictaquea que da gusto. — Una música alegre inunda la estancia y a cada golpe de redoblante con que se inicia la escena es motivo para que salte un número, en el orden siguiente.

UNO.—Soy el uno.

DOS.—Soy el dos.

TRE.—Y yo el tres.

CUA.—Y yo el cuatro.

CIN.—Soy el cinco.

SEI.—Soy el seis.

SIE.—Y yo el siete.

OCH.—Y yo el ocho.

NUE.—Soy el nueve.

CER.—Y yo el cero.

CORO.—Somos las cifras, los números, los signos que todos saben: niños, jóvenes y viejos, pobres, ricos y holgazanes. Por nosotros se conocen las distancias, los caudales, los enteros, los quebrados, los tamaños y las partes. Por nosotros, la armonía rige los mundos y el arte y por nosotros el hombre domina las leyes y abre el misterio de las cosas y logra que la esfinge hable.

UNO.—(Adelantándose).—Soy Dios, el universo. Fui el caos. Represento la fidelidad. Son mis imágenes, el mar y el cielo, la tierra y la naturaleza. Soy el todo y soy la nada. Todo está en mí; fuera de mí nada existe. Encierro, como es fácil comprenderlo, los plurales. Los demás números soy yo repetido...

DOS.—(Adelantándose).—Un momento, señor Uno. Tú necesitas de mí, hablantín. El hombre necesita de la mujer. Quien no luce dos ojos es tuerto. ¡Ja, ja! ¿Qué haríamos sin la dualidad del bien y el mal, para distinguir uno de otro? ¿Y con sólo una mano, y con sólo un pie, y con sólo una ventanilla en la nariz para respirar? ¡Ja, ja! Por mí puede compararse todo, la sombra con la luz, lo alto con lo bajo; y yo a tu lado, hablantín. ¡Ja, ja!

TRES.—(Adelantándose).—Poco reír, amigo. Recuerde que por este servidor existen tres maneras de resolver las cosas: de acuerdo con el que pide, de acuerdo con el que da y de acuerdo con el juez. No olvide tampoco que el hombre es perfecto porque está compuesto de tres partes: cabeza, tronco y extremidades... ¿Y qué decir, mi estimado amigo, de los lugares que nos tienen reservados del otro lado, (indicándolos con los dedos), uno, al paraíso; dos, el limbo; y tres, el infierno? (Todos rien).

CUATRO.—(Adelantándose).—Yo les contengo a todos ustedes, porque comprendo los cuatro lados del universo: el este, el oeste, el norte y el sur. Los reinos de la naturaleza son tres: animal, vegetal y mineral; pero los elementos que la llenan son cuatro: el aire, el fuego, la tierra y el agua.

CINCO.—(Adelantándose).—Estais de fiesta, como radios de cafetería. ¿Qué haríais, mis estimados radioescuchas, sin los cinco sentidos? Ni oiríais, ni veríais, ni gustaríais, ni oleríais, ni sentiríais. Seríais unas perfectas bolas.

SEIS.—Yo podría decir también lo que valgo, con ejemplos que asombrarían; pero tengo una hora que no la cambio ni por el mayor tesoro del mundo: las seis de la tarde. Hora de celajes, de quietud en la naturaleza, de silencio en los campos; hora en la que el mar se envuelve en celajes de oro y rosa para dormirse sobre las playas y al pie de las rocas y en la que el amor empieza a florecer y a brillar con las primeras estrellas, en cada ventana, en cada seto, en cada recodo del sendero de la vida. ¿Nunca habeis oído a esa hora el toque milagroso de las cam-

LOS NUMEROS

PIANO

Deciso

f

ff

8^{ta}

The piano introduction consists of two staves. The right hand features a melodic line with triplets and accents, while the left hand provides a rhythmic accompaniment with chords and single notes. The piece begins with a forte (*f*) dynamic and builds to fortissimo (*ff*) by the end of the section.

Voces solas

SOY EL U - NO. SOY EL DOS. Y YO EL TRES. Y YO EL CUA-TRO SOY EL CIN - CO. *Allargando*

SOY EL SEIS. Y YO EL SIE - TE. Y YO EL O - CHO. SOY EL NUE - VE. Y YO EL CE - RO.

The vocal solo section is written for two voices on a single staff. It features a simple, rhythmic melody with lyrics in Spanish. The tempo is marked as *Allargando* (ritardando) at the end of the first line.

MARCHA

f SO - MOS LAS CI - FRAS LOS NU - ME - ROS LAS CI - FRAS QUE TO - DOS SA - BEN:

The march section is written for piano with a 2/4 time signature and a key signature of one sharp (F#). It features a strong, rhythmic melody with lyrics. The dynamic is marked as *f* (forte).

NI - ÑOS, JO - VE - NES - Y - VIE - JOS, PO - BRES, RI - COS Y HOL - GA - ZAS PORNOS

This block continues the march section with lyrics about various social groups. The piano accompaniment maintains the rhythmic pattern established in the previous section.

SO - TROS SE CO - NO - CEN LAS DIS - TAN - CIAS, LOS CAU - DA LES LOS EN - TE - ROS, LOS QUE el mis - te - rio de las

This block continues the march section with lyrics about distances and mysteries. The piano accompaniment continues with the same rhythmic accompaniment.

BRADOS, LOS EN - TE - ROS LOS QUE BRADOS, LOS TA - MA - ÑOS y LAS PARTES FINE.

cosas el mis - te - rio de las cosas y lo - gra - que la Es fin - ge - ta - ble.

The final section of the march concludes with the word **FINE.** The piano accompaniment ends with a final chord.

LOS NUMEROS

Musical score for 'LOS NUMEROS'. The score is written for piano and voice. It consists of two systems of music. The first system has the lyrics: 'POR NO-SO-TROS, LA AR-MO-NI-A RI-GE LOS MUN-DOS Y EL AR-TE'. The second system has the lyrics: 'Y POR NO-SO-TROS EL HOM-BRE DO-MI-NA LAS LE-YES YA-BRE'. The score ends with the instruction 'al 3.º y FINE.'.

AGUA DE LLUVIA

Patio de casa de campo.—Sol débil ilumina la estancia. Amenazas de lluvia.—Los niños que aparecen en escena han estado jugando y se ven rendidos. Figuran como partes: Luz, Julieta, Jilda, Noé, Juanico, doña Engracia. Niños y niñas.

NOÉ.—Está poniéndose oscuro el día. ¿Qué hora será?

LUZ.—Todavía es temprano. Las vacas de don Alfonso no han pasado.

JIL.—Sí, pero yo no juego más. Estoy que se me sale el corazón.

JUL.—¡Qué importa! Ahorita se va el sol y nos pondremos frescos, aunque juguemos todo el día.

JUA.—¿Y si se pone oscuro?—¿Cómo hacemos para ver? Chocamos y nos rompemos la nariz.

JIL.—Por dicha no está Pinocho.

JUA.—Pinocho no existe.

JUL.—¡Cómo que no! Mamá dice que es de madera y que cuando se punza lo rellenan con masilla.

LUZ.—¡Qué nonequita! ¿No ves que ya se lo habrían comido las polillas?

JUL.—No, porque le dan *flaitox* en chupón. (Risas generales).

DOÑA FE.—(Desde el interior de la casa.) No se quedan, niños, ya va a llover.

TOD.—¡Ya vamos!

JUA.—Yo nunca he estado debajo de un aguacero. Debe ser muy frío.

LUZ.—Muy frío.

NOE.—Muuy fríoo.

JIL.—Muuyy fríoo.

JUL.—Muuyy Friiioo.

TOD.—(Con afectación).—Muuy friio.

LUZ.—Lo que este señor quiere es coger un resfrío, que no puedan después ni frotarlo.

JUA.—Al contrario, el agua da vida. Ha sido me lo ha dicho tío Nicolás.

LUZ.—Y también la muerte. La tía Blasa se murió por culpa de un aguacero que le cayó encima.

TOD.—¿Sí...?

LUZ.—Sí; se pusieron muy lucias las aceras, se resbaló y se quebró. No hubo medicina que la salvara.

NOE.—Mi abuelo dice que en la vida todo depende de... De... ¡No me acuerdo!

JUA.—De lo que uno haga.

NOE.—Ya sé: que todo depende del cuidado con que nos portemos. Si vamos mal, mal; si vamos bien, bien.

JUL.—No entiendo.

JIL.—Yo tampoco.

NOE.—Ahorita verán. Pongan cuidado y no pierdan el compás.

TOD.—Sí, sí.

NOE.—En las mañanitas
al salir el sol
me baña mi madre
con agua y jabón;
y juntos cantamos
la misma canción,
y a mi cara asoma
lúcido arrebol.
Qué frescura siento,
qué alegre me voy,
y en la escuela cuánto
gozo en la lección.

TODOS.—Qué frescura siento,
qué alegre me voy,
y en la escuela cuánto
gozo en la lección.

JIL.—En las tardes siempre
junto con mamá,
riego sus lechugas,
riego mi rosál.
Cuelgo en los helechos
gotas de cristal
y en cada corola
hay fresco vernal.
Qué resplandecientes
las flores, qué afán
tan noble el de darles
su alimento ideal.

TODOS.—Qué resplandecientes
las flores, qué afán
tan noble el de darles
su alimento ideal.

DA.E.—Ya les llamé una vez. Ahora irá su mamá.

NOE.—En la mesa un vaso.
de cristal se ve,
en que el agua luce
con suave vaivén.
A veces mi madre
pone en ella miel
y nos alimenta
calmando la sed.
Qué beneficiosa,
cuán grande es su bien,
cuando la tomamos
como debe ser.

TODOS.—Qué beneficiosa,
cuán grande es su bien
cuando la tomamos
como debe ser.

D.E.—(Que ha ido acercándose al grupo, al oírlo cantar).
—Estoy oyéndoles.... ¿Qué es lo que dicen del agua,
zamarros? Ustedes apenas saben lo que se dicen.
Esas nubes negras, dentro de breves instantes,
caerán sobre sus cabezas y entonces no habrá
Dios que les salve. Los techos crujirán, se tron-
charán las ramas de los árboles y ustedes, si si-
guen así de tercos, se empaparán como esponjas

y en vuestras casas habrá catarro, fiebres, pulmo-
nías y estornudos.

TOD.—(Asustados al creer, por una alucinación de la
hora, que no se trata de doña Engracia, aun cuando
en realidad es). Pero si no es tía Engracia.

UNO.—Tiene la voz igual.

OTR.—Los mismos ojos.

OTR.—Los mismos ademanes.

LUZ.—(Animándose).—¿Y quién dice que va a llover...?

D.E.—Yo.

LUZ.—¡Ah!

D.E.—Esas nubes, cuando vienen por el norte, del lado
de San Juan, significa a—gua—ce—ro tie—so.
¡Y se ponen ustedes a decir linduras del agual

JUA.—Pero...

D.E.—Cállala.

JUA.—(Sin hacer caso).—Pero el abuelito de Noé dice
que todo depende del cuidado...

D.E.—(Que en ese momento aparece con su verdadera
figura ante los chicos).—¡Ah, qué distinto, hijos
míos!

TOD.—(Alborozados).—¡Tía Engracia! ¡Tía Engracia!

D.E.—El agua, así, con medida, es milagrosa. Cuando
leais historia, vereis cómo brota al golpe de la
vara mágica de Moisés, para los israelitas sedien-
tos; cómo desciende por la cuenca del Nilo, en
donde fluiría como un don del Cielo para los
egipcios; y cómo en la antigüedad movió molinos
y cómo en los tiempos modernos es factor prin-
cipal de la fuerza eléctrica. Es el alimento de los
vegetales y los animales y la espalda por donde
el hombre camina de un continente a otro.

En cambio, si esperáis que os caiga sobre vues-
tros cuerpos tiernecillos, esos cuerpos se entume-
cerán, se enfriarán y podrá costaros la vida. Agua
de lluvia. Agua para las montañas y para las
selvas y para los mares. No así para nosotros.
Para nosotros vendrá después filtrada al través
de la tierra, servida en manantiales cristalinos y
en estanques para el baño, en cascadas argenti-
tinas, en remansos de paz.

CORO.—(Alegremente, en torno a la cariñosa vieja).

Agua de lluvia para los montes,
para las selvas, para el molino;
agua de lluvia para los mares,
para la fronda que da al camino.
Para nosotros agua de fuente,
el claro espejo de azul remanso;
para nosotros la del torrente
que al pie del árbol haya descanso.
Agua bendita, agua fraterna,
agua que todos los hombres aman;
en los desiertos y en la caverna
aves y bestias «madre» la llaman.

AGUA DE LLUVIA

Allegretto 8^a

PIANO *mf*

The piano introduction consists of two staves. The right hand features a melodic line with eighth and sixteenth notes, often beamed together. The left hand provides a harmonic accompaniment with chords and single notes. The tempo is marked 'Allegretto' and the dynamic is 'mf'.

Moderato 8

Que be - ne - fi - cio - sa cuan grandes su bien cuan do la to - ma - mos
 EN LA ME - SA UN VA - SO DE CRIS - TAL SE VE EN QUE EL A - GUA LU - CE

EN LAS MA - ÑA que fres - cu - ra - NI - TAS AL SA - LIR EL SOL ME BA - ÑA MI MA - DRE
 que sien - to, que a - le - gre me voy, y en la es - cue - la cuan - to

The first system of the vocal melody is in 2/4 time. The piano accompaniment consists of chords and moving lines in both hands. The lyrics are written below the vocal line.

co - mo de - be - ser que be - ne - fi - cio - sa gran dees su bien cuando la to -
 CON SUA - VE VAI - VEN. A - VE - CES MI - MA - DRE PO - NEEN E - LLA MIEL Y NOS A - LI -

CON A - GUAY JA - BON; Y JUN - TAS CAN - TA - MOS LA MIS - MA CAN - CION YA MI CA - RAA
 go - zo en la lec - cion. que fres - cu - ra sien - to que a - le - gre me voy y en la es - cue - la

The second system continues the vocal melody and piano accompaniment. The lyrics are written below the vocal line.

ma - mos co - mo de - be ser. *al*
 MEN - TA CAL - MAN - DO - LA SED. *♩*

SO - MA LU - CI - DO ARRE BOL - EN LAS TARDES SIEM - PRE
 cuan - to go - zo en la lec - cion. * que res - plan - de - cion. Que res - plan - de - cion. *♩*

The third system includes a key signature change to one sharp (F#) and a time signature change to 3/4. The lyrics are written below the vocal line.

JUNTO CON MA - MA, RIE - GO SUS LE - CHU - GAS, RIE - GO MI RO - SAL, CUELGO EN LOS HE -
 Las flo - res, que a - fun tan no - ble el de - dar - les su a - li men to i - deal. Que res - plan - de

The fourth system continues the vocal melody and piano accompaniment. The lyrics are written below the vocal line.

AGUA DE LLUVIA

LE - CHOS GO - TAS DE CRIS - TAL Y EN CA - DA CO - RO - LA HAY FRES - CO - VER -
 - cient - tes las flo - res, que a - fan tan no - ble al de - dar - les su a - li - men - to.

NAL. de Sa y pasaa

Danza

f-p

p

mf

A GUA DE LLU - VIA
 Pa - ra tra - s
 A - qua ben - di - tu

PA - RA LOS MON - TES, PA - RA LAS SEL - VAS, PA - RA EL MO - LI - NO;
 a - qua de fuen - te, el - cla - res - ye - y de a - xil - te - man - so;
 a - qua fra - ter - na, a - qua que to - do - das los - hombres a - man;

A GUA DE LLU - VIA PA - RA LOS MA - RES, PA - RA LA FRON - DA
 pa - ra no - so - tros la - del to - rren - te que al pie del ar - bol
 en - los de - sier - tos y en - la ca - ber - na a - ves y bes - tias

QUE DAAL CA MI NO.
 ha - ya des can - so.
 ma - dre la lla man.

FIN.

LA MUÑECA ROTA

Dormitorio.—Juguetes dispersos.—Personajes: un oso, un payaso, un aviador, un soldado, una oveja, un chilldrín, una caja de música y una taza.—Al subir el telón suena la hora de la media noche en un reloj invisible y por la puerta del fondo entra el Hada de los Juguetes.—Estos se miran unos a otros y guardan silencio como en espera de una reprimenda.

HADA.—(Pasando revista).—¿Qué habrá sucedido aquí? ¿Por qué tanto silencio? Desgracia, no; habría alarma.—(Asoma a las puertas).—A ver... Nada. Más bien parece que estuvieran de viaje en esta casa. Las camas se hallan vacías. ¿Se irían, pues?—(Al payaso).—¿Tú no sabes?—(Gesto negativo).—¿Y tú, buen oso?—(Igual gesto).—¿Y el soldado?—(Igual gesto).—¿Y tú, pájaro?—(Igual gesto en el aviador).—¿Y tú, frágil taza? (Esta hace ademán de que los dueños se ausentaron).—¡Ajá! Afuera. Y eso os tiene de mal talante. Haceis mal. Su motivo habrán tenido. Cuando llegasteis aquí, posible fue con disgusto, deseando las cajas en que os guardaban en la tienda, temerosos de que los patroncitos os hicieran trizas, (se dirige a los juguetes a que va haciendo referencia), de que te mancharan en tu albura polar, y te arrancaran los vellones, y te arrancaran las lentejuelas, y te dejaran zonta, y te desarmaran de un santiamén... ¡Oh, almas; oh, juguetes! Hoy por el contrario estais adoloridos con la ausencia de esos infatigables niños. ¿No es así? La vida es eso: al principio rehuímos los afectos ajenos quizá por egoísmo o tal vez por corbadía; después, al entrar en el santuario de una intimidad, nos sentimos atraídos por ese incomprendido misterio y lloramos al menor rompimiento. Bien; no quiero detenerme más. Necesito visitar otras casas. Veré que esos chicos vuelvan pronto. Que paseis buena noche.—(Se aleja y permanece oculta tras el cortinaje de una puerta).

CAJA DE MUSICA.—Adiós, hada,
buenas noches.
Que bien duermas.
y que goces
dulce sueño
y que al borde
de tu lecho
se deshoje
la tersura
de las flores,
te deseamos
esta noche.

Coro.—Adiós hada,
buenas noches.
Etc., etc., etc.

AVI.—¿Se fue...? ¡No me contenía ya! ¡Con qué gusto habría cogido mi avión y habría metido en él,

como quien mete gatos, a toda la gente de esta casa, al padre, a la madre, a los dos muchachos, a la niña, y los habría dejado en un rincón de Abisinia.

OVE.—¡Qué geniecito, compadre! No sea usted tan terco, ¿qué culpa tienen unos de que los otros se porten mal? Compadre, recuerde que todos mis antepasados se han quedado sin un pelo en el cuerpo, y a pesar de que lo necesitan para no entumecerse, ninguna queja ha salido de nuestros labios. Los niños... No nos respetan los hombres, menos ellos. Y cualquier día me arrancan una pata y me la pierden. ¡Bé, bé!

AVI.—No puedo con tanto ímpetu. Pobre muñeca, ¿dónde la tendrán ahora, en qué cajón viejo?—(Suspira).

PAY.—¡Conque esas teníamos, don Juan Tenorio! Ja, je, ji, jo. Se gastaba gancho la niña. Ja, je ji, jo.

CHI.—(Haciendo gran escándalo)—Aquí va a haber catástrofe, que no les den más cuerda. Tilín, tilín, tilín.

TAZ.—(Gimoteando).—Me van a quebrar, señor hada.

SOL.—(Militarmente).—¡Silencio todo el mundo! ¿A qué tanto ruido? Conozco muchos países, estuve con Alejandro en Macedonia, con César en la Galia, con Napoleón en Egipto y con Bolívar en América, y nunca he visto que maltraten a los niños en esa forma por una mocita de porcelana. La vida, voto a Satán, no hay que gastarla en vestir muñecas. Uno, dos; uno, dos.

OSO.—Bravo, bravo. No quería terciar; pero este hombre me ha sacado de mis casillas. No crean que porque vengo del polo me vivo frío. Al contrario, cuando me enciendo lo hago con todas las de ley. Hay una cosa, señor soldado. Usted habrá viajado mucho, mas lo cierto es que debe haber visto lo siguiente: que todo chico, pobre o pudiente, al principio se muestra cariñoso; pero, después... Maltratos, indiferencia, nos tiran, nos desprecian, nos cambian; y eso es lo que aquí ha ocurrido. Ni más ni menos. ¿Y no sentimos; no nos duele el menor desafecto?

OVE.—Hay de todo; pero siempre inocentes. ¿Qué culpa van a tener si sus padres, no educan sus sentimientos?

AVI.—¿Dónde tendrán a nuestra amiga?

PAY.—(Riendo).—En alguna bodega.

AVI.—Calla, torpe.

TAZ.—(Gimoteando).—Debe estar en algún hospital.

SOL.—O en brazos del doctor, bellacos.—(Ríen).

AVI.—¡Gaznápiros!

PAY.—Cantemos un adiós a la vida.

AVI.—No soporto tanto insulto.

OSO Y OVEJA.—Me, be, me, be, me be.

AVI.—¡Tunantes!—(Gran tumulto, unos remedan al aviador, otros pidensilencio, la caja de música suena

a más y mejor, el chilindrín mete la gran bulla, el soldado hace corneta, hasta que entra el hada).
 TAZ.—(Gimoteando)— Me van a quebrar, señora hada.
 HAD.—¿Qué sucede? ¿Qué han hecho de la muñeca? ¿Por qué este ruido?—(Todos callan, automáticamente).—Habla tú.
 AVI.—La quebraron y se la llevaron.
 PAY.—Y el pobre no se consuela.
 SOL.—Sufre mucho.
 HAD.—Deseo que me digais lo ocurrido.
 MUÑ.—(Entra en medio del estupor de todos, cojeando y llorosa). Me quebraron y me dejaron debajo de la mesa del comedor.
 AVI.—Espera, no camines.
 TAZ.—Acércate a mí.
 HAD.—¿Y los chicos?
 MUÑ.—Como la señorita se asustó al verme con la que-

bradura y se puso inconsolable, los padres la llevaron a casa de la madrina, prometiéndole una nueva.—(Llora). Ya no me quiere.
 HAD.—Siempre lo mismo.—Sois víctimas del egoísmo. No te comprendieron. Consuélate, hija. Otros niños más necesitados y quizá más juiciosos os llevarán a sus hogares. Encontrarás pobreza; pero en cambio, afecto, alegría sana. El hombre sólo sabe ser sincero en la desgracia. Vente. Vamos a curarte. Vosotros dormid en paz.—(Salen mientras baja el telón)
 TOD.—Adios, hada, buenas noches. Que bien duermas y que goces, etc., etc.

FIN

LA MUÑECA ROTA

Moderato 8^{a.}

PIANO *mf*

Loco *Despacio*

p FINE. A - DIOS, HA - DA, BUE - NAS NO - CHES; QUE BIEN DUER - MAS Y QUE

GO - CES DUL CE SUE - ÑO Y QUE AL BOR - DE DE TU LE - CHO SE DES - HO - JE LA TER -

SU - RA DE LAS FLO - RES, TE - DE - SEA - MOS ES - TA NO - CHE A - DIOS, NO - CHE

1^{a.} (todos) 2^{a.} D.C.

LABRIEGOS Y SOLDADOS

Plaza de pueblo.—Cae la mañana.—Personajes: el abuelo, Cristina, Mario, labriegos y aldeanos.

MAR.—Ha sido un paseo riquísimo.

CRI.—Debiéramos pasear todos los días, ¿verdad, abuelo?

ABU.—Sí, hija; pero llegarían tal vez a fatigarse. La semana entrante volveremos.—(Se oye un coro de aldeanos que se acercan).

CRI.—¿Por qué cantan, abuelo?

MAR.—Estarán alegres de trabajar, ¿no son labriegos?

CRI.—¿Por qué cantan...?

LAB.—La tierra es nuestra madre,
la tierra es nuestro amor,
nosotros la adoramos
con viva devoción.

Ella nos da el sustento
bajo la luz del sol,
nosotros la adoramos
con todo el corazón.

Bis

MAR.—(Mientras se apagan las notas de los labriegos que han desfilado con sus herramientas frente al grupo).—¿Por qué van tan felices?

CRI.—¿Así están siempre?

ABU.—Los hombres que trabajan siempre se hallan alegres, en el campo, en la ciudad, en el mar. Vosotros debéis amar a los hombres que luchan, sean ellos quienes fueren. Esa misma alegría que hoy habeis sentido al oírles cantar, debéis tener si les encontráis junto al surco o junto al yunque. Los agricultores, los labriegos, hijos míos, son, como si dijéramos, los magos de la tierra. La limpian, la riegan, la alimentan, la preparan para que se muestre fecunda a todos los hombres. Ellos saben cuando deben encerrar la semilla en el surco, cuando deben aporcarla y cuando deben dejarla quieta para que descanse. Sus manos están siempre listas a la faena; y así les veis ora en el riego, ora en la limpia, ora en la cogida... Por eso el labriego canta; porque siempre lleva en sí el placer del que cumple una misión. Hijos míos, ¡trabajad siempre!

MAR.—Yo quiero que me compres, abuelito, una vaca con un ternero y una lechería.

CRI.—¡Qué gracia! Lo bonito es ganarse esas cosas su- dando la gota.

ABU.—Algún día tendreis lo que pedís; pero pensad en que debéis luchar.—(En el fondo empieza a sentirse el aire de una marcha y a poco entra en escena un pelotón de soldados que cantan).

MAR.—Esos son los soldados, ¿verdad abuelito?

CRI.—Parece que hoy hubiera fiesta aquí.

MAR.—Pero, ¿son soldados?

ABU.—Sí, niño; son soldados.

CRI.—¿Y por qué cantan?

SOL.—Somos los defensores
que ven por el país,
cuidamos sus fronteras
con ánimo feliz.

Si acaso el extranjero
tratase de invadir
nuestro sagrado suelo,
contra él hemos de ir.

Bis

CRI.—(Mientras se pierden las notas militares).—¡Cómo cantan de bonito! ¡Qué felices deben de ser!

MAR.—Yo creía que los soldados eran muy serios y con los bigotes muy grandes.

CRI.—¿Siempre están así?

ABU.—Sí, porque también están cumpliendo con un deber. El soldado es quien cuida nuestras tierras, nuestras instituciones, nuestros credos y nuestra política, contra los extranjeros que tratan de usurparlos. No me refiero al soldado invasor; ese es un bárbaro. El soldado, en el sentido más noble de la palabra, debe ser un hombre que no sólo nos resguarde contra el ambicioso de fuera, sino de nuestros propios hombres: deben librarnos de los detentores del poder público, de los usurpadores, de los vagabundos; deben cuidar, por que se mantengan limpias nuestras leyes y por que la riqueza nacional no sea panal de que se alimenten los zánganos de la república. Nuestros soldados, a Dios gracias, han sabido serlo en todo momento: en el 56 supieron oponer su patriotismo contra la codicia del filibustero y después nunca ha sido instrumento para robustecer los anhelos bastardos de quienes no han sido llamados por el pueblo de la administración suprema del país. Ser soldado así es ser hombre en el más alto sentido. Por eso cantan esos... Porque saben ser soldados. Usted, Mario, debe saber ser soldado: es decir, debe saber cumplir con su deber en todo momento, velando por su propia honradez y vigilando para que los desalmados nunca logren sus designios deshonestos. Y verá usted cómo y por qué cantan los hombres.

CRI.—¿Y usted, abuelo, qué ha sido?

ABU.—Ni agricultor ni soldado. Mi vida ha estado frente a un escritorio, haciendo unas veces leyes para el país, y otras haciendo que se apliquen y que se cumplan. Mucho antes fui ebanista.

MAR.—¿Y eso es bueno?—(Se oye a lo lejos la marcha militar como si una ráfaga de viento trajese las notas que canta el pelotón).

ABU.—Aquí o allá, en esto o en aquello, el hombre que trabaja es siempre un ser útil a la patria.—(La marcha deja de oírse hasta que cae el telón).

F I N

LABRIEGOS Y SOLDADOS

Tempo di marcha

PIANO

ff

mf LA TIE-RRAS NUESTRA MA-DRE LA TIERRA NUESTRA
 Su mos los de fen- SO-tes que van por el pa-

MOR- NO SO-TROS LA A-DO RA-MOS CON VI-VA DE-VO-CION. *f* E-LLA NOS DA EL SUS
 is, cui da-mos sus fron-te-ras con a-ni-mo fe-liz. sia-ca- soal ex-tran-

TEN-TO *mf* BA-JO LA LUZ DEL SOL *f* NO-SO-TROS
 ge-to tra-tr ra de in va dir el sue-lo

LA A-DO- RA-MOS CON TO-DO EL CO-RA ZON.
 que a-do-ra-mos con tra el he-mos de ir